

## Desocupación y Violencia

---

*Ricardo R. Galliani\**

*Ernestina Rosendo\*\**

Como psicóloga clínica y como psicólogo social muchas veces nos hemos preguntado por qué no reaccionamos y aceptamos con cierta resignación fatalista los despidos, las privatizaciones, la destrucción de las conquistas laborales, la corrupción y esta maldad insolente que se exhibe impudicamente desde el poder.

Nos proponemos abordar la problemática de la desocupación y violencia desde una psicología social histórica, es decir, cómo los procesos económicos, políticos, históricos y sociales son productores de efectos de subjetividad.

Para entender desde nuestra historia: la apatía, la resignación, la falta de participación social (trabajadores, profesionales, pequeños empresarios), debemos partir del hecho de que este modelo económico no hubiera sido posible de implementar sin haber puesto en marcha desde el poder, políticas destinadas a producir cambios drásticos en el tejido social, específicamente en la subjetividad colectiva.

El terrorismo de Estado que implantó la dictadura militar, autodenominada "proceso de reorganización nacional" (en continuación de lo iniciado con el accionar de la "Triple A", el "Operativo Independencia" en Tucumán, etc, durante el gobierno constitucional del Justicialismo), produjo un profundo remodelado de la subjetividad en el conjunto de la población, desestructurando, quebrando las formas de resistencia individual y colectiva, como también las redes de solidaridad construidas al calor de largos años de lucha conjunta por los diversos actores sociales del campo democrático y popular.

Remodelamiento profundo de la subjetividad colectiva a partir de múltiples estrategias - científicamente diseñadas?- como la acción psicológica, el disciplinamiento brutal de los cuerpos, la fractura de la conciencia en las sesiones de tortura, la desaparición forzada de las personas, la publicidad del "por algo será", "el silencio es salud", "saben uds. dónde están sus hijos ahora?", "los argentinos

---

\*Prof. Adjunto en Psicología Social, FCS, UBA.

\*\*Auxiliar de investigación, Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA

somos derechos y humanos". Y el exilio de miles de compatriotas y el exterminio de muchos otros.

Como lo expresara Noam Chomsky en "Política y Cultura al final del siglo XX", citando a un especialista en Ciencias Políticas:

*...es evidente que el orden en el Tercer Mundo depende de que se pueda obligar a los estratos sociales movilizados volver a una condición de pasividad y derrotismo.*

El especialista académico en derechos humanos en Latinoamérica, Lars Schoultz, señala que en estos países se recurre repetidamente al terror y la forma para

*acabar de una vez con una presunta amenaza a la estructura de privilegio socioeconómico existente es eliminando la participación política de la mayoría numérica...*

El proceso de desestructuración de la subjetividad y reestructuración a través del terror, funcional al sistema, realizado por las Fuerzas Armadas y de Seguridad, fue posible gracias al apoyo y complicidad del sector empresarial, sectores sindicales y políticos, y algunos medios masivos de comunicación social, con "comunicólogos serviles" que aún hoy siguen parloteando sus viejas prédicas.

La fuerza física no es la única opción, es necesario también controlar el pensamiento y la opinión, destruir en la comunidad y en los lugares de trabajo las organizaciones que servirían para movilizar y mantener la conciencia de la gente. Las operaciones de acción psicológica tienen como objetivo que los individuos se encuentren solos enfrentando al poder centralizado y que sea un receptor aislado de la propaganda y la información como parte del orden natural de las cosas (negando el carácter histórico social de los procesos económicos y políticos).

Es importante que tengamos en claro que el costo social y humano de insertarnos compulsivamente en la nueva división internacional del trabajo, en lo que Félix Guattarí ha llamado "Capitalismo Mundial Integrado", es enorme. Hasta tal punto que no es exagerado decir que estamos atravesando por una verdadera catástrofe social.

Desde mediados de la década del '70 los trascendentes acontecimientos en la economía mundial: crisis del petróleo, crisis de la deuda externa en los países subdesarrollados, procesos de inflación, la crisis global del proceso de acumulación capitalista, entre otros, provocan en nuestro país marcadas influencias en la estructura económica y social, determinando una crisis de carácter estructural con importantes cambios en el sistema productivo argentino.

La crisis del modelo de sustitución de importaciones y de los modelos neoliberales - implementados en consonancia con políticas similares desarrolladas a nivel mundial para la superación de la crisis del modelo de acumulación fordista- condujo a un proceso de globalización financiera, recomposición del modelo productivo y políticas de ajuste. En consecuencia, se produce la apertura de los mercados, desestatización de la economía, flexibilización laboral y la caída generalizada del Estado de Bienestar.

Surge como problemática común en los países del Tercer Mundo con producción capitalista periférica, el desempleo. Y por otra parte, la incorporación de tecnologías caracterizadas principalmente por ser sustitutivas del trabajo manual, y el achicamiento en los aparatos productivos nacionales, en gran parte por la transferencia de la crisis desde los países del centro a la periferia, vía la globalización e internacionalización de la economía mundial.

Desde el año 1994-1995 somos testigos de la destrucción de puestos de trabajo: racionalizaciones en el sector industrial, en construcción, en servicios... Como así también la expulsión en el sector público de gran cantidad de personal y la reducción de la inversión pública, lo que impidió la generación de nuevos puestos de trabajo. Conjuntamente a estas medidas estatales, el sector privado racionalizó su personal ante las nuevas competencias por la apertura de los mercados.

La situación de desempleo se agrava por el crecimiento de la PEA (Población Económicamente Activa), la tasa de actividad trepa al 36% por el regreso a la actividad de la gente de mayor edad -entre otras causas, por el deterioro de los beneficios jubilatorios- y por el aumento de la inserción de la actividad femenina (del 27% al 40%). Pero este aumento de la PEA se distribuye en dos tercios de aumento de la actividad por cuenta propia y sólo un tercio de asalariados. Este aumento de cuentapropistas y la disminución de los asalariados (empleo formal) evoluciona hacia una precarización del empleo, agudizada en esta década.

Las Reformas Laborales promulgadas desde el inicio de la década: modificación en la forma de contratación y despido, en la negociación colectiva, en los derechos colectivos de trabajo...tenían como propósito explícito la generación de puestos de trabajo - mediante la reducción de los costos laborales y el aumento de la libertad de los empresarios para contratar y despedir. Pero como lo expresara claramente Recalde:

*La flexibilidad laboral, so pretexto de crear empleos, desestabiliza al trabajador y rebaja las indemnizaciones por despido, para permitir a los empleadores la más barata rescisión del contrato de trabajo, es decir una verdadera ley de desempleo.*

Las estadísticas develan la disminución de la categoría de "ocupados plenos" a tiempo completo, con un gran aumento de los "subocupados" (aquéllos que trabajan menos de 35 Hs. semanales, manifestando el deseo de trabajar más) que pasaron a constituir de un cuarto (entre 1983-1989) a un tercio de la PEA (entre 1989-1995). Y por último, los desocupados, que de un cuarto se incrementaron a dos tercios de los activos que no encontraban trabajo.

No sólo las Reformas Laborales no han creado nuevos puestos de trabajo, por el contrario han aumentado los índices de subocupación y desocupación, sino que además las condiciones de trabajo han empeorado, superando incluso al "piso" de las condiciones mínimas.

Pero lo más relevante a destacar es que la problemática del desempleo no es transitorio como antaño, sino que presenta carácter estructural. Evidenciando, además, un movimiento de separación entre lo económico y lo social, que a su vez implica disociación de la producción y redistribución, de la competitividad y la solidaridad; generando una brecha cada vez más amplia de los excluidos . La precarización de las relaciones laborales se extiende entonces, a las de las relaciones sociales de la comunidad, exaltándose el individualismo en detrimento de la solidaridad.

La situación económica, política y social actual nos conduce a retomar los procesos que conducen a la desocialización y marginalización planteados por Robert Castel:

*Propongo ubicar las situaciones marginales al final de un doble proceso: de desenganche en relación al trabajo y en relación a la inserción relacional.*

*Advertimos enseguida que todo individuo puede situarse en relación a ese doble eje de la integración a través del trabajo y de la inscripción relacional. Esquematisando mucho distingamos tres valores en cada uno de los ejes: trabajo estable - trabajo precario; no trabajo e inserción relacional fuerte; fragilidad relacional- aislamiento social...Se obtienen tres zonas, a saber la zona de integración (trabajo estable y fuerte inscripción relacional, que a menudo van juntos), la zona de vulnerabilidad (trabajo precario y fragilidad de los soportes relacionales) y la zona de marginalidad que prefiero llamar zona de desafiliación para marcar bien la amplitud del doble desencante: ausencia de trabajo y aislamiento relacional.*

Esta diferenciación de zonas no debe interpretarse de manera estática, sino que sus fronteras son cambiantes pudiéndose efectuar pasajes de una a otra. La segunda zona ocupa un lugar estratégico, constituye un espacio de inestabilidad social y turbulencias que puede derivar en la caída a la tercer zona de desafiliación. Esto nos conduce a pensar que los desocupados están enfrentados a la problemática de la marginalidad, lo cual repercutirá negativamente en ellos mismos como en sus relaciones sociales. Pero la situación socioeconómica que impera actualmente ubica a gran parte de la población en la zona de vulnerabilidad, es decir, en situaciones de trabajo precario, inseguridad e inestabilidad.

Centrándonos en los efectos o consecuencias de la desocupación y subocupación, podemos decir que éstos se están configurando como el principal problema de salud pública. Edith Seligmann Silva, en "Crise Económica, Trabalho e Saúde Mental", plantea que:

*La crisis económica surge siempre imbricada, relacionada a una crisis social, siendo que, conjuntamente, ambas determinan profundas repercusiones sobre la salud en general, y, de forma a veces clara e impactante, a veces sutil y enmascarada, también sobre la salud mental.*

*Sufrimiento social, sufrimiento físico y sufrimiento mental, generalmente son indisociables, aunque frecuentemente sean estudiados en forma compartimentada y reduccionista.*

*En algunos países en que el grado de pauperización es intenso, las malas condiciones de alimentación traerán consigo todas las consecuencias vinculadas a la desnutrición - incremento de infecciones, elevación de la mortalidad infantil, aumento de la ocurrencia de las deficiencias mentales, etc, como desde hace bastante tiempo viene siendo científicamente comprobado.*

En 1982, Brenner y Mooney, procuraron identificar de qué modo los cambios económicos, tanto en las fases de crecimiento como en las de recesión, afectan a la salud humana, y, más especialmente, aquellas afecciones influenciadas por la tensión, alimentación, hábitos de vida y condiciones de trabajo. Aunque también se detienen más particularizadamente sobre las enfermedades cardiovasculares, examinan un conjunto bastante amplio de situaciones.

Enfatizan por ejemplo:

*Los efectos de la recesión afectarán de modo adverso tanto a aquéllos que trabajan cuanto a los que pierden sus empleos, particularmente cuando hay elevadas tasas de desempleo. La razón de esto es que la real amenaza de pérdida de la carrera laboral, los modos de vida y las relaciones con los compañeros de trabajo, si es mantenida por un período prolongado, puede generar para la mayoría de la población una serie de tensiones casi equivalentes a la pérdida de empleo.*

Más adelante citan investigaciones realizadas en los EEUU en las que se demuestran que varias de las consecuencias de la recesión sólo se verán reflejadas en las estadísticas a partir de algún tiempo posterior a la instalación de la crisis económica: los aumentos de la mortalidad infantil pasarán a registrarse entre el primer y segundo año de crisis, el aumento de la mortalidad por enfermedades cardiovasculares surge en un espacio de entre dos a tres años posteriores al crecimiento de los índices de desempleo.

Los índices de morbilidad y de mortalidad vinculados a las psicopatologías y psicopatologías sociales manifestarán respuestas más bien inmediatas, siendo que las tasas de suicidio, suicidios encubiertos (accidentes) y de homicidios aumentarán ya durante el primer año de recesión.

Los mismos autores exponen resultados de investigaciones realizadas en Inglaterra, Escocia y País de Gales, revelando correlaciones significativas entre experiencias de desempleo por tiempo prolongado (más de seis meses) y el aumento de la mortalidad.

Identificaron al aumento de la tensión como un importante componente en la determinación del aumento de la mortalidad por enfermedades cardiovasculares en las fases de recesión. Examinando las fases post recesión, en un período inicial de recuperación de la economía, concluyen que este período puede ser un momento especialmente tensiógeno para los desempleados que están realizando esfuerzos para reintegrarse al mercado de trabajo.

A partir de las investigaciones de Brenner, quien legitimó el estudio del desempleo como un problema de salud, se han realizado gran cantidad de trabajos sobre sus efectos psicológicos. Muchos concluyeron en que los acontecimientos económicos - y principalmente el desempleo- constituían uno de los mejores predictores de la tensión emocional. Estas investigaciones refuerzan la relación entre desempleo y bienestar psicológico, sugiriendo que el trabajo no sólo es un factor importante entre otros, sino *un prerrequisito central para el bienestar psicológico*.

Por otro lado Mc. Queen y Siegrist muestran que las influencias de los cambios socioeconómicos sobre las patologías más especialmente relacionadas con las condiciones concretas de subsistencia y de ambiente, las que deben ser mejor estudiadas, junto con las acciones de los factores sociales en la etiología de las enfermedades crónicas.

Hacen referencia también a investigaciones experimentales de cómo las influencias psiconeuroendócrinas determinadas por vivencias prolongadas de tensión de origen social, afectan la competencia inmunológica del organismo, en lo que con más fuerte evidencia apunta en la dirección de un importante desarrollo causal de la tensión en el origen del cáncer a través de ligazones específicas entre experiencias psicosociales de tensión, respuestas neuroendócrinas y sistema inmunitario, con el subsecuente aumento de la susceptibilidad para el desarrollo neoplásico.

En base a lo expuesto y a otras investigaciones realizadas podemos concluir en principio que el desempleo es vivido como una experiencia frustrante y entristecedora. Pero también que se constituye como una causa de deterioro de la salud mental, donde las consecuencias psicológicas negativas pueden incrementar

el riesgo de sufrir trastornos que requieran tratamiento psiquiátrico. Y acentúan mayores padecimientos depresivos cuando ya los hubiere.

Los estudios realizados en nuestro país (IPA, 1988 e INDEC - MEY OSP-UNICEF) apuntando básicamente a la relación pobreza y salud plantean un panorama preocupante en cuanto a la accesibilidad restringida a los servicios de salud, al abandono progresivo de conductas y cuidados preventivos, al incremento de la violencia, adicciones, delitos y accidentes, como así también a un gran desgaste orgánico por disminución de las defensas y las constantes fuentes de estrés. Asimismo otros estudios realizados en América Latina establecen una estrecha relación entre aumento de la mortalidad en los sectores sociales más abandonados y restringidos por las políticas de ajuste.

Un informe producido en 1986 por la OMS señalaba al desempleo como una de las principales catástrofes epidemiológicas de la sociedad contemporánea.

Nosotros agregaríamos a esta caracterización la actual configuración de un verdadero "genocidio blanco".

Volviendo al interrogante inicial, el por qué de la apatía y la no participación intentaremos explicarla a partir de los aportes de Ignacio Martín Baró, psicólogo salvadoreño asesinado por la derecha de su país.

En su trabajo sobre el carácter ideológico del fatalismo latinoamericano: "El latino indolente", dice:

*Si el síndrome fatalista sigue produciéndose en los sectores mayoritarios de los pueblos latinoamericanos, no es porque se reproduzca a través de las normas culturales y un estilo de vida propio de los pobres e independiente de los cambios que se operan en el sistema social más amplio: El fatalismo constituye una relación de sentido entre las personas y un mundo al que encuentran cerrado e incontrolable, es decir, se trata de una actitud continuamente causada y reforzada por el funcionamiento opresivo de las estructuras macrosociales... Así como hay un elemento de falsedad en el fatalismo, hay otro elemento de verdad. Lo falso del fatalismo estriba en atribuir la falta de progreso a un destino fatal determinado por la naturaleza y aún por el mismo Dios; lo verdadero del fatalismo consiste en la verificación de que resulta imposible a las mayorías populares latinoamericanas lograr un cambio de su situación social mediante sus esfuerzos. El fatalismo detecta acertadamente el síntoma, pero yerra en su diagnóstico.*

Si bien el fatalismo se constituye como un síndrome personal, representa el correlato psíquico de determinadas estructuras sociales, propiciadas por el funcionamiento de determinado régimen social, premiando ciertas formas de comportamiento, mientras prohíbe y castiga otras. Incluso dentro de las clases sociales se diferencian esquemas comportamentales diferenciales, que se estimulan y refuerzan en sus miembros.

En este sentido, el fatalismo se constituye como uno de los esquemas comportamentales que el orden de los países latinoamericanos refuerza en los estratos de poblaciones que se encuentran impedidos de satisfacer las necesidades básicas, posibilitando simultáneamente la satisfacción suntuaria de las minorías dominantes. En palabras de Baró:

*...A la praxis social sigue el conocimiento sobre la realidad; las clases sociales se apropian de su destino histórico y lo interpretan ideológicamente desde su perspectiva alienada...Mientras las clases dominantes desarrollan una alta 'motivación de logro' y alcanzan un 'control interno' sobre los refuerzos, las clases dominadas se muestran pasivas; asumiendo con fatalismo que el lugar donde se decide su destino está bajo 'control externo'*

Este moldeamiento subjetivo de los miembros, tanto de las clases dominantes como las dominadas, resulta de un proceso histórico, determinado por situaciones y circunstancias concretas. No consiste entonces en un proceso mecánico, ni es posible encontrar un fatalismo homogéneo en diferentes grupos de clases dominadas, sino que existen multitud de grados y modalidades de fatalismo. Es decir, el fatalismo adquiere en cada caso una modalidad diferente según los procesos específicos en los cuales se han conformado y transmitido los comportamientos que lo materializan.

No son determinadas concepciones las que causan los procesos de dominación, es el poder adquirido en las relaciones sociales, en la apropiación de los recursos más necesarios para la vida, lo que configura el poder de dominación y la imposición de su voluntad e intereses a los demás. Pero la dominación sólo se estabiliza cuando encuentra acogida en el psiquismo de las personas, tornándose concepción de vida, aún más, en sentido común. La articulación ideológica en la

mentalidad de las personas y grupos sella al fatalismo de las clases dominadas como una realidad natural.

Franz Fanon pudo captar los niveles de profundidad alcanzados por la colonización en la estructura somatopsíquica del colonizado. La violencia impuesta por el colonizador es introyectada por el colonizado, quedando anclada en su musculatura como una tensión reprimida, y en su mente, como una culpabilidad asumida. El colonizado vive su sometimiento como un estado de inhibición, que le acarrea como compensación psíquica a soñar con "sueños musculares, sueños de acción, sueños agresivos", o a experimentar explosiones periódicas de violencia hacia sus iguales. Su culpabilidad no es una culpabilidad asumida, es más bien una especie de "maldición", "una espada de Dámocles que continuamente pende sobre su cabeza y bloquea sus impulsos liberadores".

Los análisis de Fanon muestran por un lado, la penetración de la dominación en el dominado, pero muestra también que el mantenimiento de este dominio introyectado requiere del ejercicio externo del poder dominante. La negación de su misma realidad como persona impide, en última instancia, que el colonizado asuma totalmente las estructuras colonizadoras. Sin embargo, mientras no tome conciencia refleja de la contradicción presente en su existencia, la inhibición corporal y la culpabilidad psíquica mantendrán su comportamiento dentro del ámbito de lo exigido por el orden colonial.

Las relaciones sociales están de tal manera estructuradas en los países latinoamericanos que despojan a la mayoría de la población de los recursos mínimos indispensables para configurar y dirigir su vida. La propiedad privada como uno de los principios máximos de la convivencia consagra el despojo permanente de las mayorías, que no encuentran posibilidad real de controlar su propio destino. El lugar de nacimiento se convierte en lugar de destino.

El fatalismo es una realidad social, externa y objetiva antes de convertirse en una actitud personal, interna y subjetiva. Las clases dominadas se ven impedidas de controlar su propio futuro, de definir su existencia y moldear su vida de acuerdo a esa definición. Mediante el fatalismo adquiere sentido, por deplorable que sea, la inevitabilidad de unas condiciones que no abren más alternativa a la vida de las personas que las de someterse a su destino.

Para finalizar, si queremos ir tejiendo el entramado de sostén solidario que nos permita resistir vitalmente, de pie, y no de rodillas, tenemos que aprender juntos a perder el miedo a pensar, sentir y actuar.

Animarnos a retomar - a nivel popular- la iniciativa política que se fue construyendo, a lo largo de muchas décadas, al calor de las luchas por los derechos humanos, civiles y políticos hasta 1976; y el refloreCIMIENTO durante la primavera democrática de 1983- 1986.

Pensamos que en la acción debemos combinar en forma creativa algunas estrategias de lucha gandhianas "resistencia civil", "desobediencia civil", con otras de larga tradición en el campo popular como la acción de masas (asambleas, paros, movilizaciones). Tenemos que ir reconstruyendo los lazos solidarios, cooperativos, amorosos entre todos los que somos hacedores vitales de esta sociedad contra el olvido, la corrupción y la muerte.

## Bibliografía citada

- Baró, I. M.: "El latino indolente", en Marisa Montero (coord.): *Psicología Política latinoamericana*, Venezuela, Panapo, 1987.
- Castel, R.: "La dinámica de los procesos de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión", en: Revista *El espacio institucional*, 1, Buenos Aires, Lugar, 1991.
- Chomsky, N.: *Política y Cultura a finales del siglo XX. Un panorama de las actuales tendencias*, México, Ariel, 1996.
- Fanon, F.: *Los condenados de la tierra*, Buenos Aires, FCE, 1974
- Liem, R.: "El costo psicológico del desempleo: estudio comparativo de hallazgos y definiciones", en: *Revista de Psicología de El Salvador*, n° 29, Vol. VII, UCA, 1988.
- Seligmann Silva, E.: *Crise, Trabalho e saude mental no Brasil*, Brasil, Traco, 1986.

## Bibliografía consultada

- Battistini, O. y Dinerstein, A. C.: "Desocupados, precarizados y estables: alienación y subjetividad del trabajo", en: Revista *Realidad económica*, n° 134, Buenos Aires, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, 1995.
- Behm Rosas, H.: *Las desigualdades sociales ante la muerte en América Latina*, Buenos Aires, Celade y Nuffic, 1992.
- Neffa, J. C.: "Crisis, régimen de acumulación y proceso de reconversión en la argentina: un análisis desde la teoría de la regulación", en *Dialógica*, n° 1, vol. 1, Ceil Conicet, Buenos Aires, 1996.
- Recalde, H. P.: *Política Laboral 1989 – 1995*, Buenos Aires, edición del autor, 1996.
- Rosanvallon, P.: *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*, Buenos Aires, Manantial, 1995.